

EL MORIR OBSCENO

(sobre Poemas de la consumación de Vicente Aleixandre)

ASUN BERNÁRDEZ RODAL



A pesar de que la muerte y la vejez son temas recurrentes en la literatura que han atravesado todas las épocas, pocas veces un poeta se ha atrevido con la experiencia de la vejez y el tema de la muerte personal como materia de un libro de poemas del modo que lo hace Aleixandre. Hay algo en el libro *Poemas de la consumación* que se nos revela como profundamente contemporáneo: para Aleixandre la muerte y la vejez no son una disculpa, un tema literario a tratar, sino parte de la experiencia de vida, del conocimiento, y sobre todo de una necesidad inconfesable de preguntarse qué ocurre con esa muerte certera que le espera pero que no le permite contarse historias sobre el más allá.

Aleixandre encara en este libro uno de los grandes tabúes de la cultura moderna de la productividad máxima, de la belleza como valor de cambio en una sociedad que la imagen personal tiene que responder a unos cánones de belleza y juventud que se difunden de modo masivo. Hoy la muerte es lo obsceno, lo que la sociedad trata de ocultar a toda costa. Los duelos ya no son aceptados, la expresión de los sentimientos de dolor ha quedado relegada al ámbito de la intimidad, de lo privado; y el hecho de que somos seres perecederos aparece continuamente maquillado por la ilusión de no envejecer.

La muerte es algo que nunca llegaremos a entender del



Adán y Eva

Gustav Klimt

La muerte es algo que nunca llegaremos a entender del todo. Es algo que le ocurre a los demás, a los seres queridos, pero algo de lo que no podemos tener experiencia. En torno a la decrepitud, al envejecimiento y a la muerte hay un velo que no nos dejará nunca entender a fondo qué pasa con ella. Aleixandre sabe que hablar de la muerte es siempre un desafío a la realidad, un intento de hacer objetiva la Nada, y esa objetivación puede hacerse sólo a través del lenguaje: la muerte y la vejez son sólo las historias que cada cultura cuenta de ellas. No son experiencias sino narraciones, verbalización que nos acerca a un concepto, a una idea de la que nadie ha venido a hablarnos. Por eso impresiona en Aleixandre la voluntad de asomarse a un más allá desprovisto de imágenes. La muerte aquí no es más que una presencia intuida, imaginada en el corazón o la mente de los otros. ¿Qué es la muerte para Aleixandre? Para el poeta la muerte es tener que dejar atrás las palabras, porque la vida es la palabra:

«Morir es olvidar unas palabras dichas
en momentos de delicia o de ira, de éxtasis o abandono,

cuando, despierta el alma, por los ojos se asoma
más como luz que cual sonido experto».

(...)

«Morir es olvidar palabras, resortes, vidrio, nubes
para atenerse a un orden
invisible de día, pero cierto en la noche, en gran abismo».

El lenguaje, la escritura, la creación son los signos que generan los mitos, las visiones simbólicas: los signos son productores de realidad. Tradicionalmente los ritos, las historias que se cuentan del más allá venían a ser una especie de continuidad de la vida, una explicación que unía dos mundos radicalmente diferentes y hacían posible el tránsito que daba continuidad a la vida y a la muerte. Las historias, las narraciones de lo que ocurría después de la muerte, hacían posible la transformación de la Nada en un reino de ensueños, en una esperanza de continuidad que hacía más llevadero el hecho biológico de la desaparición de los seres amados. Pero en la cultura occidental, la solución a la muerte es mucho más trágica: después de la muerte sólo queda el silencio. Esa es la tragedia. Aleixandre se reconoce en este vivir contemporáneo de la muerte, donde ésta ya no es un acto significativo y ejemplar:

«Para morir basta un ocaso.
Una porción de sombra en la raya del horizonte.
Un hormigear de juventudes, esperanzas, voces.
Y allá la sucesión, la tierra: el límite.
Lo que verán los otros».

La vejez es un límite, una frontera con los otros, algo que absor-

Los ancianos los miran. Son estables,
éstos, los que al extremo de la vida,
en el borde del fin, quedan suspensos,
sin caer, cual por siempre».

El conocimiento definitivo, la lucidez es patrimonio de los que están al final de la vida. «La decadencia añade verdad, pero no halaga». El poeta no está cómodamente instalado en los últimos años de su vida. Las dudas permanecen y sólo una certeza se manifiesta de manera tangible:

«¿Saber es conocer? No te conozco y lo supe.
Saber es alentar con los ojos abiertos,
¿Dudar...? Quién duda existe.
Sólo morir es ciencia».

El final de la vida es instalarse en una quietud cercana a la insensibilidad de lo inorgánico, cercano a lo que no siente:

«Unos miran despacio.
Morenos, casi minerales, quietos,
serían vida, cual la piedra, y cantan.
Canta la piedra, canta el que ha vivido.
Los minerales quietos desconocen
qué es muerte, y su moreno ardor gime en la sombra».

La visión que proyecta Aleixandre sobre su propia muerte nos resulta demoledora. Tan demoledora como la forma de vivir la muerte una cultura que ya no cree en el más allá, que ya no se cuenta historias que hagan posible la esperanza de la perma-

La vejez es un límite, una frontera con los otros, algo que absorbe al poeta y lo esencializa. Sólo permanece joven en el cuerpo la mirada, el ojo por el que nos asomamos a la realidad. El ojo mira y participa de la vida, de la juventud. Vivimos en una cultura que ha privilegiado el sentido de la vista sobre los otros sentidos, que tenemos prácticamente prohibidos en la interacción con los demás. El poeta lo pone en evidencia, y confiesa tener vivo sólo el sentido de la vista:

«¿Són los años su peso o su historia?

Lo que más cuesta es irse

despacio, aún con amor, sonriendo. Y dicen: «Joven;

ah, cuán joven estás...» ¿Estar, no ser? La lengua es justa.

Pasan esas figuras sorprendentes. Porque el ojo –que está aún

[vivo-mira

y copia el oro del cabello, la carne rosa, el blando del súbito

[marfil. La risa es clara».

El conocer, el ser dolorosamente conscientes corresponde sólo a la vejez: los jóvenes son los que viven, los ancianos sólo miran:

«Y allí los jóvenes que se adelantan y pasan

sin ver, y siguen, sin mirarlos.

cuenta historias que hagan posible la esperanza de la permanencia, de la continuidad, del reencuentro con los otros. Una cultura en la que la muerte no es más que un acto absurdo e incomprensible; una cultura que se ha quedado sin narraciones. Pero como decía Jean Baudrillard, cuando una cultura destierra de su universo simbólico algunas cosas (como la muerte), éstas se convierten en presencias diluidas y omnipresentes. Tal vez se explique así este gusto contemporáneo por la representación obsesiva de la muerte en el arte, en la literatura, o incluso en la publicidad. Ya no vemos la muerte ni la decadencia. Sus signos externos han desaparecido, pero estamos condenados a soportarlos en todas partes. Vanalizados, espectacularizados y sin duda ejerciendo una especie de poder tormentoso sobre una cultura que no puede asimilarlos. La muerte ha desaparecido. Alejandro no tiene imágenes del más allá, pero ya la muerte se ha convertido en una presencia que invade los recuerdos y por lo tanto el pasado y el presente: lo que está vivo y lo que nunca ha podido estarlo:

«Y en el cielo nocturno, cuajado de livideces huecas,

no hay sino dolor,

pues hay memoria, y soledad, y olvido.

Y hasta las hojas reflejadas caen. Se caen, y duran. Viven».

